

EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA Y LAS ALIANZAS

HACE algún tiempo, un «reformista» de la revista «Índice», española» («Índice» n. 243, Madrid 15-3-69, Vicente Pérez en un artículo titulado: «Un objetivo para la izquierda Sádaba) repetía la manida tesis de que el marxismo-leninismo es una planta exótica en la tierra española, diciendo que «una buena parte de nuestra izquierda es más ideológica que sociológica y que «sus esquemas y métodos no han surgido al contacto de la España que es, sino de la que hubiera gustado que fuese». Más recientemente, la agencia franquista EFE se refería a «una exhuberante peroración de Don Santiago Carrillo» en la comuna de Ivry, región de París, difundida por la prensa del régimen con vistas a sembrar la confusión en vísperas del primero de mayo, y se libraba a una serie de comentarios e insinuaciones tendientes a demostrar que el P.C. de España y, en general el movimiento comunista, son algo extraño a la sociedad española.

Los anticomunistas, profesionales o aficionados, hacen su oficio como pueden y saben. Eso es lógico e inevitable, pero lo que ya no es lógico e inevitable es que la inconsistencia de las peroratas de Carrillo que es, el secretario general del P.C. de España, así como la versatilidad de sus «enfoques» alimenten el arsenal de los adversarios de clase. Esa versatilidad y ese desparpajo teórico saltan a la vista con sólo repasar el surtido de slogans lanzados por Santiago Carrillo en los últimos años: «Huelga nacional pacífica», «Alzamiento cívico nacional», «Jornada nacional», «Mesa redonda antifranquista», «Democracia política y económica», «Alianza de fuerzas del Trabajo y de la cultura», «Pacto para la libertad»...

No cabe duda de que si Carrillo partiese de la realidad «sociológica» de España y del mundo de hoy, es decir, si se orientase por los intereses del proletariado y buscase las fuerzas reales que pueden organizarse en torno a éste y a su Partido, no tendría porque mudar tan frecuentemente las consignas. Si esas consignas respondiesen a una estrategia de lucha de clases, el secretario general no tendría que derrochar tanta imaginación diciendo un día que «pese al sometimiento formal de Juan Carlos al «Caudillo», en adelante el régimen franquista será objetivamente bicéfalo; la designación de Juan Carlos significa la creación de un nuevo polo de poder y de intriga» (N.B. n.º 62, pág. 96), para venir otro día afirmando que el nuevo gobierno del Opus Dei supone «un estrechamiento de la base del régimen, porque **tampoco ese gobierno tiene el beneplácito de la mayor parte del Ejército y de la Iglesia**», pues según Carrillo, «es un producto híbrido, ni democrático, ni fascista, y, en definitiva, utópico, **que los tecnócratas quieren prepararnos**».

Esas afirmaciones, como tantas otras hechas tan a la ligera, son una fantasía «sin riberas» porque equivalen a decir que en España, los gobiernos se hacen «in vitro» y que las clases dominantes se habrían autoesterilizado mediante una «neutralidad» del Ejército y de la Iglesia, instituciones que según Carrillo y los que le secundan habrían dejado de ser verdaderos centros de poder autoritario.

La fantasía le llevó a decir a Carrillo, en pleno Estado de Excepción, que «hoy la gran mayoría de los militares, de los ma-

gistrados y de los funcionarios sólo responden de una manera muy relativa las órdenes de un poder vacilante». Pocos días después la Guardia Civil asesinaba a tiros dos habitantes de Sestao que manifestaban pacíficamente. Y ahora, coincidiendo con el 34 aniversario de la sublevación militar-fascista, tres obreros de la construcción han sido ametrallados y varias decenas de otros heridos por las fuerzas de «orden público» en Granada.

INTERESES Y ORIENTACIONES OPUESTOS

EN la superficie de las enrarecidas aguas políticas españolas se deja ver claramente la supremacía de una burguesía hipócrita e insaciable, adecuadamente personificada hoy por la secta del Opus Dei y su príncipe de sastrería, cuyos clientes se relamen con los ojos brillantes de codicia pensando en las delicias crecientes que les reporta y les reportará la «europeización» de España por los suburbios del «Mercado Común» y la neocolonización del país por los monopolios internacionales. Esa burguesía de grandes capitostes de la finanza, terratenientes aburguesados y alta burocracia civil, militar y eclesiástica es la beneficiaria de la dictadura franquista-opusdeísta, que por eso mismo es la dictadura del capital financiero, sustentada por el Ejército prepotente, por la Iglesia privilegiada y la burocracia enriquecida.

En esa misma charca política emergen hoy con escaso y desigual relieve islotes de oposición política burguesa (monárquicos, democristianos, socialreformistas, etc.), los cuales compiten para auparse sobre los hombros de la población trabajadora, que es mayoría en el país, y especialmente sobre determinados elementos políticamente activos, para asegurar su «opción» en la sucesión del decrepito dictador.

Pero por mucho que se empeñen los neoreformistas y neomarxistas en demostrar que «España es diferente», si descendemos al terreno de los intereses de clase nos encontramos con dos orientaciones político-sociales básicas e irreconciliables: De un lado la oligarquía burguesa y sus secuaces, apuntalando sus posiciones mediante un entrelazamiento creciente con los monopolios internacionales y con el sistema político-militar del imperialismo y con cambios de fachada a la moda neocapitalista. El sueño supremo de esa burguesía sería «integrar» a sectores trabajadores a su empresa monopolista, pero la realidad de los intereses de clase del proletariado, de amplios medios trabajadores no proletarios y estamentos intermedios, entra en conflicto con la omnipotencia de los monopolios. Y de ahí emana, de otro lado, la oposición real y profunda a la dictadura de la oligarquía financiera y de la burguesía militar, eclesiástica y burocrática, a cuya cabeza se encuentra la clase obrera. El nivel de organización y conciencia de esta oposición crece sin cesar y

su combatividad va también en aumento, pero, todavía hoy, es insuficiente para demoler con una acción unitaria los cimientos político-institucionales de las fuerzas dominantes.

La burguesía comprende perfectamente que esa oposición potencialmente arrolladora sólo puede transformarse en fuerza amenazante de sus intereses, si a su cabeza marcha una vanguardia aguerrida, que mantenga firmemente el timón de los objetivos de clase y sepa actuar y dirigir todo el movimiento de oposición, con la flexibilidad necesaria para organizar a todas las voluntades aptas para quebrantar el poder político y económico de la oligarquía y crear un nuevo poder basado en el trabajo. La clase burguesa, independientemente de sus contradicciones internas, es plenamente consciente del peligro que para ella supone la formación y consolidación de esa vanguardia de la oposición. Y a evitarlo están destinados muchos de sus fundamentales esfuerzos y medios.

Es obvio que esas dos orientaciones fundamentales confrontadas no aparecen netamente diferenciadas a nivel de fórmulas y declaraciones políticas de sus portavoces. En realidad, la primera orientación, de esencia conservadora y reaccionaria, se presenta en dos variantes que, para simplificar, llamaremos: gubernamental y opositora. El variante gubernamental está plasmado hoy en la teoría y en la praxis de la dictadura opusdeista, cuya meta es garantizar la prosperidad de los monopolios, apuntalando la dictadura y asociándose al imperialismo mundial más estrechamente que nunca.

El variante de la oposición (u oposiciones) burguesa, coordinado recientemente en el «memorándum de los cuatro» al ministro alemán (Areilza, Ruiz Giménez, Satrústegui y Tierno Galván), tiene también una esencia **contrarrevolucionaria** porque persigue el apuntalamiento del sistema monopolista y subordina la futura «estabilidad económica y política» del país a las relaciones con el Mercado Común de los grandes monopolios. También se pronuncian por la entrada de España en la OTAN.

Sin embargo, este variante opositor presenta diferencias apreciables al denunciar los aspectos fascistas de la dictadura burguesa y al postular derechos y libertades cívicas junto a una forma de gobierno democrático-burgués. Esta diferencia «táctica» es precisamente la que hoy convierte a esa burguesía en opositora y la que debe guiarnos a los comunistas para medir y comprobar sus posibilidades y límites de **acción**.

Hoy por hoy esa oposición burguesa propugna la democratización de la vida política y nacional porque considera que haciendo determinadas «concesiones» podría arbitrar un «juego democrático», mitigar los conflictos socio-políticos y, en definitiva, «integrar» a la clase obrera y, si posible fuera, al Partido Comunista en el sistema capitalista, en un clima de «convivencia» de clases o de «paz social» que no amenace el predominio de los monopolios y la hegemonía política de la burguesía, **de toda la burguesía en tanto que clase**.

No es necesario decir que al esquematizar así el panorama político español no queremos subestimar y menos aún ignorar la importancia que hoy tienen las diferencias y contrastes que existen entre esas dos líneas políticas de las fuerzas burguesas. Pero tampoco queremos ocultar el hecho de que si tales diferencias y contrastes imprimen a la oposición burguesa un sesgo «democrático» ello se debe, en gran medida, al carácter fascista de la dictadura franquista-opusdeista, cuya estructura y cuyos métodos impiden a la burguesía encajar «pacíficamente» los intereses diferenciados de sus diversos sectores.

Por supuesto, esa circunstancia obliga a la oposición democrática y revolucionaria, al Partido Comunista, a esforzarse por llevar al límite de sus posibilidades esas desavenencias entre los burgueses, sin renunciar a compromisos y acuerdos tácticos con los sectores y personalidades burguesas que estén dispuestos a romper el frente de su clase por oposición a la dictadura.

Esta cuestión debe estar clara. **Se trata de compromisos tácticos temporales** que no bloqueen en ningún caso los fines últimos o fundamentales de la clase obrera, es decir, la revolución socialista. No se trata de aspirar a ninguna «convivencia» entre explotados y explotadores, a ninguna «paz social» de todos los españoles, no se trata de un ambiguo y «limpio juego democrático» como pregona Santiago Carrillo en «Mundo Obrero» del 25 de mayo de 1970.

Eso es lo que se plantea en las relaciones entre las fuerzas

revolucionarias y los grupos demo-cristianos, socialreformistas, monárquicos, liberales, cuyas sugerencias políticas pueden coincidir circunstancialmente con los objetivos que las fuerzas democráticas auténticas deben necesariamente alcanzar para poder desplegar su enorme potencia de lucha y decisión. La amnistía, las libertades de expresión, de asociación, sindical y otras, el respeto de los derechos nacionales de los pueblos ibéricos, la disolución de la brigada político-social y la supresión de los tribunales de excepción, etc. son objetivos de gran importancia para la clase obrera.

En ese sentido resultan plausibles todas las acciones coincidentes o condicionadas con esos sectores, susceptibles de acabar con la dictadura fascista y dar cauce a la expresión y defensa de los intereses económicos, sociales y políticos del proletariado y de todos los trabajadores.

Para que esos objetivos puedan realmente alcanzarse es necesario mostrar con toda claridad la esencia y los límites de los compromisos, a fin de disipar confusionismos e ilusiones que hipotequen la independencia de la clase obrera, convirtiéndola en piezas de maniobras politiqueras. Es decir, es necesario que la clase obrera y sus aliados en la lucha por la democracia y por el socialismo pongan en la balanza el peso contundente y decisivo de su fuerza, de su decisión y elevada conciencia y que llar esa ventaja en sus tratos con los sectores burgueses o pequeño-burgueses susceptibles de participar en la acción contra la dictadura.

Lenin, al hablar de los acuerdos y compromisos con otros partidos decía lo siguiente: «La cuestión está en saber utilizar esta táctica para alcanzar el objetivo de **elevantar**, y no rebajar, el nivel **general** de la conciencia proletaria, revolucionaria, la capacidad para la lucha hacia la victoria». («La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo»).

Hoy, como ayer, los partidos comunistas están obligados a tener contactos, conversaciones, a dialogar con las más diversas fuerzas y partidos políticos y a buscar y propiciar acuerdos y compromisos con ellos. Pero al mismo tiempo los partidos comunistas no deben olvidar jamás algunas cosas esenciales: que los acuerdos y los compromisos, según entiende el leninismo, son aceptables únicamente para hacer avanzar el movimiento revolucionario y facilitar la conquista de los objetivos fundamentales del proletariado; que ellos no deben perjudicar en lo más mínimo la independencia política de los partidos comunistas y, menos aún, convertirlos en prisioneros de los adversarios de clase; que los acuerdos y los compromisos de carácter táctico con otros grupos y partidos no proletarios, en el curso de la lucha revolucionaria, del paso de la fase democrática a la socialista, cuando se ventila muy seriamente la suerte misma de las clases, pueden y deben ser modificados en función de las nuevas condiciones y de la nueva correlación de fuerzas.

La constante de un partido marxista-leninista es, en este orden de cosas, su sabiduría para combinar una actitud consecutiva y revolucionaria de principios con la máxima flexibilidad táctica.

SOBRE EL CONTENIDO REAL DE LAS CONSIGNAS CARRILLISTAS "ALIANZA DE LAS FUERZAS DEL TRABAJO Y DE LA CULTURA" Y "PACTO PARA LA LIBERTAD"

EN aras de la claridad es necesario examinar el contenido real de las consignas «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» y «Pacto para la libertad».

Como es sabido, el autor de esas consignas presenta inmodestamente la fórmula de «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» como «la base medular de la estrategia de nues-

tro Partido» y como «un desarrollo del concepto leninista de alianza obrero-campesina». Más recientemente, el boletín para intelectuales que se distribuye en Madrid, bajo el título «Revolución y Cultura» (que entre otras perlas, empieza la publicación de escritos de Trotski por el arte...) inserta un artículo «didáctico», titulado «La política del bloque histórico», que quiere ser una defensa de la consigna carrillista «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura», frente a la demostración de que los «enfoques» de Santiago Carrillo son una mixtura de nociones marxistas deformadas. (Ver el folleto «¿Quién mina la unidad del Partido?»).

Desentrañar el plagio y la deformación no es, en este caso, un ejercicio meramente intelectual, sino una necesidad primaria para descubrir el contenido de la ideología de Carrillo, Azcárate, Diz y unos poquitos más,

El mencionado artículo de «Revolución y Cultura» quiere mostrarnos dos cosas: 1) que la tesis de «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» es algo original, derivada «objetivamente» de la realidad española, y 2) que esa idea es superior al «bloque histórico» del gran leninista italiano Antonio Gramsci: «cima de la estrategia de la lucha de los partidos comunistas y obreros contra el capitalismo monopolista de Estado y por la construcción del socialismo».

Veamos si son ciertas esas dos afirmaciones. La verdad es que la hermandad ideológica con Garaudy le ha jugado a Carrillo una mala pasada. Garaudy tergiversa la noción gramsciana de bloque histórico en los mismos términos que Carrillo lo hace con su «Alianza»: «...los dos elementos constitutivos de ese bloque histórico nuevo son la clase obrera en su definición tradicional y los intelectuales en su diversidad» y cuyo catalizador serían las «capas altamente cualificadas de obreros».

Santiago Carrillo, como Roger Garaudy, parte de una visión beata del progreso científico y técnico, de cuya absolutización deducen la «proletarización» de intelectuales y estudiantes en el bloque. En definitiva, el secretario general de nuestro Partido no parte de la realidad de España sino de un «modelo» realmente de papel, muy alejado de la realidad sociológica de España, como veremos luego.

La segunda tesis de «Revolución y Cultura» sostiene que la «Alianza» es «la cima de la estrategia de la lucha de clases» y que ella «engloba a la política de «bloque histórico» gramsciano, la supera en amplitud y, por lo tanto, no puede identificarse sin más...» Aquí también Carrillo se hunde con Garaudy, hasta el punto de que la misma revista que con tanto calor defiende al secretario general del PCE se ha visto obligada a puntualizar que las ideas de Gramsci no tienen nada que ver con el revisionismo tecnocrático de Garaudy, maestro pensante de Carrillo.

Es sabido que Gramsci entendía por bloque histórico «la identificación concreta, en cada período histórico, del contenido económico social y de la forma ético-política; el proceso «donde las fuerzas materiales son el contenido y la ideología la forma», y la «unidad entre el conjunto complejo, contradictorio de la superestructura y el conjunto de relaciones sociales de producción».

Es una pretensión absurda de «Revolución y Cultura» el intento de querer demostrar que la «Alianza» de Carrillo es la «cima» que supera en amplitud la noción de Gramsci del «bloque histórico» porque éste —dicen sus redactores— sería meramente político, mientras que la «alianza» es político-social. (Realmente la ignorancia es muy atrevida... pues en lugar de leer el original de Gramsci, se han fiado de la versión tergiversada de Garaudy y ahí tienen el resultado).

Los mismos publicistas de «Revolución y Cultura» no logran ponerse de acuerdo en las deformaciones y así resulta que en la pág. 4 (nº 3) se presenta la «Alianza» como la «fórmula que permitiría la convivencia en una misma formación de diversos partidos y organizaciones, de distintas escuelas ideológicas...» (son palabras de Carrillo), para decir en la pág. 6 que «la diferencia fundamental (de la «Alianza») estriba en que la tesis gramsciana se concretiza como alianza de partidos políticos, mientras que la «Alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cul-

tura» está planteada como alianza socio-política, en la cual los diferentes sectores sociales, clases y capas interesadas en ella actúan directamente». Y aquí otra vez se les ha colado Garaudy, quien escribe en «Le grand tournant du socialisme»: «La unidad puede ser hoy en día concebida en términos de capas sociales que se solidarían directamente (à souder directement), puesto que ya no existen partidos estables y estructuras que sean la expresión consciente».

En resumen, «Revolución y Cultura» tiene razón al decir que la «Alianza» de Carrillo «no puede ser identificada sin más» (¡ni sin menos!) con las ideas de Gramsci. Pero sí, —ya lo hemos visto—, con las del revisionista Garaudy. Y precisamente, la diferencia que existe entre el tandem Garaudy-Carrillo y el leninista Antonio Gramsci, es la misma que existe entre el marxismo revolucionario y el revisionismo oportunista.

Para Gramsci, en ese bloque histórico nuevo (destinado a derrocar el bloque histórico burgués dominante) los intelectuales son «factores de unidad de la estructura y de la superestructura», «intelectuales orgánicos» y el Partido, el «intelectual colectivo». Para Garaudy los intelectuales asumen el papel de protagonistas del quehacer económico y social como reflejo directo de la revolución científico-técnica. Y Santiago Carrillo —siguiendo las enseñanzas de Garaudy— sostiene que hoy los estudiantes e intelectuales son «una ruedecita más del mecanismo de producción capitalista» y que su paso al campo de la revolución «es un fenómeno colectivo» («La lucha por el socialismo, hoy», pág. 17).

Gramsci supo captar los dos principios políticos más importantes de los bolcheviques y de su maestro Lenin: la alianza entre obreros y campesinos y la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario. Partiendo de esto él vislumbró la formación de núcleos intelectuales de izquierda orientados hacia la clase obrera, como resultado del proceso de afirmación de la hegemonía de esa clase. Por el contrario, Garaudy niega, de hecho, la dirección de la clase obrera en el proceso revolucionario contemporáneo y en cuanto a Carrillo, considera «périmé» la alianza obrera y campesina.

Tanto Garaudy como Carrillo niegan el papel dirigente del Partido. «El papel dirigente del Partido no consiste en elaborar él mismo, finalmente, la síntesis. Consiste en proponer aquellas soluciones que considere adecuadas...», dice nuestro secretario general. Garaudy habla de un dirigente cibernético cuyo papel debe ser «ante todo el de suscitar iniciativas, el de articular la actividad de los sistemas complejos... y el de integrar en una síntesis y optimizar el comportamiento autónomo de esos sistemas». La versión «mecánica» de Carrillo y la «cibernética» de Garaudy sirven para alimentar el equívoco de una verdadera «integración» de clases en una utópica democracia «limpia».

De todos modos, hay que reconocer que Garaudy se muestra más consecuente que Carrillo, porque él parte de la técnica y más concretamente de la cibernética; atribuye a los intelectuales de la producción el papel medular, reduce los obreros a meros ejecutantes de las ideas intelectuales y, congruente con ese esquema, postula la «parálisis económica» del cerebro electrónico manejado por los intelectuales, cuya consecuencia sería una verdadera «huelga nacional». Carrillo, por su parte, rellena esos mismos esquemas con argumentos emocionales y lexicografía marxista.

En resumidas cuentas, los abogados de la «alianza» han puesto otra vez al descubierto que las tesis carrillistas son un plagio «popularizado» y a la «salsa española» de las construcciones de Roger Garaudy y que lejos de ser la «cima de la estrategia de la lucha de clases» la «Alianza» es un lema propagandístico que, efectivamente, nada tiene que ver con el «nuevo bloque histórico de fuerzas sociales y políticas» gramsciano, que supone la alianza obrero-campesino y la hegemonía del proletariado.

La oposición revolucionaria española y su vanguardia el Partido Comunista de España tiene hoy la desgracia de moverse en una niebla terminológica. Ese confusiónismo podría achacarse a las deformaciones de la información anticomunista, favorecidas por la falta absoluta de libertad de expresión. Pero eso es sola-

mente un aspecto. El ideologismo y las exuberancias publicitarias de Carrillo están contribuyendo a mantener la niebla.

Evidentemente ese confusionismo ideológico exterioriza una orientación oportunista que no confiando, de hecho, en las posibilidades revolucionarias de la clase obrera, de los campesinos, de todos los trabajadores, busca un «puesto bajo el sol» del neocapitalismo.

El otro slogan que está en el orden del día de la propaganda del secretario general es el «Pacto para la libertad», ese Pacto que siempre está próximo pero que nunca llega.

Las generaciones mayores de nuestro país conocieron hace cuarenta años otro Pacto que pasó a la historia con el nombre de «Pacto de San Sebastián». Algunos dirigentes de nuestro Partido no han tenido inconveniente en defenderlo hoy, ignorando adrede los aspectos y consecuencias negativas de ese compromiso.

Claro, se nos dice que en 1930 el Partido Comunista era poco influyente mientras que hoy es la fuerza más importante de la oposición y más influyente entre la clase obrera.

Pero esta garantía no es concluyente. En realidad ni Carrillo ni nadie han explicado seriamente su concepción sobre el tan cacareado «Pacto por la libertad»; no se conoce su programa ni tampoco la mecánica para establecerlo: ninguna fuerza o personalidad política, aparte de la dirección del PCE, se ha pronunciado por ese Pacto.

Algunos artículos del Sr. Areilza, Ruiz Giménez y otros políticos burgueses españoles han servido a los propagandistas del «Pacto por la libertad» para proclamar la inminencia y el contenido del mismo. Pero eso son puras especulaciones.

En ocasiones se ha dado a entender que personalidades como el Cardenal Tarancón, primado de España, los generales González Vidaurrета y Díez Alegría y otras que ostentan puestos y cargos importantes en las diversas instituciones del régimen y del sistema, podrían ser susceptibles de participar en ese Pacto. Pero ya sabemos que monseñor Tarancón fue designado miembro del Consejo de Estado, y los generales González Vidaurrета y Díez Alegría, jefe de la Casa Militar de Franco y Director general de la Guardia Civil respectivamente.

En definitiva, ese slogan ha quedado reducido al uso interno. No desempeña ningún papel movilizador. Los obreros y los campesinos no entienden y por lo tanto no hacen suya esa consigna. Y cuando las consignas no son recogidas por las masas pues ya sabemos el éxito que pueden tener.

LA REALIDAD SOCIOLOGICA DE ESPAÑA.

ES notorio que la economía española está colocada, en el mundo capitalista, en un lugar intermedio entre los países desarrollados y subdesarrollados, presentando un promedio teórico de renta nacional por habitante de 700 dólares anuales. Por las fuentes de creación del «producto nacional bruto» figuran en cabeza los «servicios» (48%), seguido de la «industria» (más del 35%) y la agricultura (16%). Pero en lo que se refiere a los sectores de ocupación, el primer lugar corresponde a la industria (más del 36% de la población activa), el segundo a los servicios (más del 32%) y el último a la agricultura (31%). Estas cifras indican un predominio creciente de los «servicios» (especialmente de los servicios personales (ligados al turismo) y un descenso de la importancia relativa de la producción agropecuaria, aunque la población ocupada en este sector sigue siendo numerosa (casi 32% del total).

En los últimos años las estructuras económicas y demográficas de España han cambiado apreciablemente, pues el número de asalariados ha aumentado en más de un millón, (pasando ya de los 8 millones) mientras que el campo ha perdido más del 20% de su población activa, fenómeno ligado a grandes movimientos migratorios y a la emigración exterior. En el período 1960-1969 cambiaron de residencia más de tres millones de personas y más de dos millones salieron al extranjero.

El aumento de asalariados se ha localizado esencialmente en las industrias del metal y de la construcción, que ocupan a casi dos millones de trabajadores; en la química con más de doscientos mil; en el comercio y en los servicios personales, con más de millón y medio y en la administración pública con más de setecientos mil funcionarios.

Hay unos dos millones y medio de «autopatronos» o «trabajadores por cuenta propia», términos confusos que engloban a verdaderos patronos, junto a profesionales y subproletarios (vendedores ambulantes, artesanos, trabajadores a domicilio, etc.), localizados en el comercio (más de quinientos mil), en la agricultura (más de cuatrocientos mil).

En resumen la dinámica social presenta los siguientes rasgos: 1. La masa de asalariados ha crecido en más de un millón y en buena parte su urbanización y proletarización es reciente. Solamente el 21% de la plantilla de asalariados son obreros cualificados.

2. Predominan los ocupados en pequeñas empresas (con menos de 500 trabajadores) que representan más de seis millones de obreros.

3. El desarrollo económico (industrial-turístico) ha generado la aparición de nuevas capas intermedias que, según explica Salustiano del Campo en su libro «Cambios sociales y formas de vida», pág. 145, son «distintas en mentalidad y en nivel económico del antiguo militar, funcionario o pequeño burgués.» (Este fenómeno se sitúa entre los dos millones y medio de «autopatronos», los setecientos mil y pico funcionarios públicos y el millón largo de empleados privados, más ligados que antes a la actividad mercantil y productiva).

4. En los núcleos de la burguesía y pequeña burguesía tecnocrática y mercantilizada tiene su clientela el remedo español de «civilización de consumo», cuyas aspiraciones, según dice D. Salustiano del Campo, se «concretan fundamentalmente a conseguir los pequeños placeres que la civilización actual proporciona (auto, T.V. vacaciones etc. etc.) Este es el «modelo» que quiere imponer como ideal supremo la burguesía monopolista para desviar las energías revolucionarias de los trabajadores, de una parte considerable de ellos, hacia el «consumismo».

5. La miseria física es una realidad para más de tres millones de españoles que se encuentran tras el «telón de la pobreza» con ingresos mensuales de 2.500 pesetas por hogar, según ha reconocido ABC y otros periódicos del régimen.

El paro estacional mantiene en los límites de la subsistencia física a más de un millón de braceros agrícolas (cerca del 10% de la población activa) y la crisis de la estructura social y económica del campo desbarata las haciendas familiares campesinas y fuerza al éxodo a cientos de miles de trabajadores del campo.

6. Paralelamente ha cambiado la composición de la burguesía y el peso de la aristocracia terrateniente. La fluencia del dinero, el desarrollo industrial y comercial, la concentración de propiedades y los privilegios administrativos han fortalecido a la élite (financiera, en la que figuran banqueros, aristócratas, altos jerarcas civiles y militares. El factor básico que define a estos sectores es su vinculación a la vida económica y financiera, su entrelazamiento en las sociedades anónimas, y por consiguiente, una nueva polarización entre la élite oligárquico-burocrática y los sectores burgueses desplazados.

7. En el cuadro de la población políticamente activa destacan por su dinamismo los estudiantes universitarios, pese a ser un núcleo poco numeroso (139.999 en 1968). En los sectores juveniles más o menos intelectuales se asiste también a una crisis de las estructuras eclesíásticas medievales que se manifiesta en la «insubordinación» a normas y jerarquías tradicionales. Ese estado de ánimo alarma bastante a la burguesía «evolucionista» que busca limar todos los contrastes dando un cauce «pluralista» a esas nuevas fuerzas, para que no se salgan de los marcos del sistema.

Para matizar un poco más el cuadro socio-económico debemos recordar que la economía española está fuertemente atada al capitalismo mundial y no precisamente por la exportación de mercancías, sino por el turismo (más de veinte millones de turistas han venido a España este año último) que reporta más divisas que la exportación de mercancías (más de mil millones de dólares), por la emigración de mano de obra española que transfiere a España centenares de millones de dólares y, también, por las inversiones crecientes del capital extranjero, que tiene abiertas las puertas de la economía española y que controla, de hecho, con sus capitales y patentes, las principales industrias (automóvil, química, petróleo, electrónica, etc.). En total los ingresos monetarios de esos tres conceptos (turismo, remesas de trabajadores españoles emigrados y capital extranjero) totalizan unos dos mil millones de dólares al año, flujo que alimenta las esperanzas de desarrollo de la burguesía monopolista dominante.

EL CAMPESINADO, ALIADO NATURAL Y PRINCIPAL DE LA CLASE OBRERA.

LOS publicistas burgueses y ciertos hombres que se consideran de izquierdas pretenden que el problema agrario está siendo superado por el éxodo rural, que supone el abandono de muchas tierras y labores de escasa productividad, y que, de ese modo, el problema campesino se resuelve solo.

El secretario general del Partido y los que le siguen no dicen exactamente lo mismo. Con frecuencia hablan del campo y de los campesinos; se populariza la consigna de «la tierra para quien la trabaja» y, en ocasiones, llaman a «ocupar las tierras no cultivadas». Pero las frases y las consignas generales, no pueden cubrir la subestimación del problema campesino por parte de la dirección del Partido. El principio leninista de alianza obrero-campesina hace tiempo que se ha dejado de lado. Y, al mismo tiempo, han disminuído muy sensiblemente los esfuerzos de organización del Partido en el campo.

Nuestro Partido siempre comprendió la importancia del problema agrario. Durante la guerra de 1936-1939 esa preocupación tuvo expresiones muy concretas y resultados de gran alcance. Otra muy distinta fue la actitud de los socialistas que veían el campo y los campesinos en función de sus intereses electorales.

Las cifras que hemos citado muestran la persistencia de un numeroso proletariado agrícola subempleado (1.300.000 braceros según algunas fuentes oficiales) y de campesinos no asalariados (más de un millón y medio). El régimen agrario de predominio latifundista y relaciones precapitalistas de explotación se está descomponiendo desde hace años, pero los problemas del campesino trabajador, los del asalariado del campo sin hablar ya del necesario «equilibrio» de las fuerzas productivas in-

dustria-agro y de las condiciones de vida ciudad-campo) se agudizan sin cesar. El problema agrario y campesino subsiste y se agrava, pese a que sus contradicciones cambian de forma. Gran parte de la miseria física del campo se desplaza a las ciudades industriales y el paro encubierto se refugia en ocupaciones inestables de la construcción, de los servicios, etc y en la emigración al extranjero.

En esta misma mistificación incurren los propagandistas de la «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura». Al englobar la «alianza obrera-campesina» en el concepto «trabajo» (N.B. nº 62, pág. 74) incurre en el equívoco fatalista de considerar imposible el desarrollo de la agricultura y la solución del problema campesino fuera de la vía monopolista. Esa consigna mesiánica quiere encubrir la ausencia de programa agrario, en una especie de «escapismo» o salto hacia adelante, como diciendo: primero la «democracia en la libertad» y luego veremos...

A este respecto no está de más recordar lo que escribía Lenin en vísperas del II Congreso de la Internacional Comunista: «El proletariado actúa como clase verdaderamente revolucionaria, auténticamente socialista, sólo cuando en sus manifestaciones y actos procede como vanguardia de todos los trabajadores y explotados, como jefe de los mismos en la lucha por derribar a los explotadores, cosa que no puede ser llevada a cabo sin introducir la lucha de clases en el campo, sin agrupar a las masas de trabajadores rurales en torno al Partido Comunista del proletariado urbano, sin que éste eduque a aquéllas.»

Se podrá decir, como ahora repiten los «modernistas», que esto era justo hace 50 años, pero no hoy. Sin embargo, la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas ha insistido, muy recientemente, en esa misma cuestión señalando explícitamente, al referirse al campesinado, que «el reforzamiento de la alianza obrera y campesina es una de las condiciones fundamentales del éxito de su lucha contra los monopolios y su poder».

LAS FUERZAS QUE PUEDEN BATIR A LA DICTADURA.

LOS datos que se han dado más arriba pueden servir para ver cómo es la sociedad española y dónde están las fuerzas que puede organizar el Partido del proletariado para batir a la dictadura y avanzar hacia el socialismo. A «grosso modo» el cuadro general de las clases sería el siguiente: más de 8 millones de asalariados, entre los cuales unos 3 millones son obreros industriales (el 20% de la mano de obra no agrícola española está clasificada como cualificada). Una parte importante de esos obreros se han incorporado recientemente a las fábricas y están haciendo su «aprendizaje» de lucha de clases en las condiciones de la ciudad. Junto a estos tres millones largos de obreros industriales, existen importantes núcleos de asalariados de la administración pública, del comercio y de los servicios (hostelería, mantenimiento, publicidad, crédito-finanzas, etc.) que representan unos 2 millones de personas, parte de los cuales tienen condiciones de vida y de trabajo similares a los proletarios industriales.

De otro lado está la élite oligárquica y la burocracia burguesa, numéricamente escasa pero «asociada» por el principio de la propiedad privada a la masa de empresarios pequeños y medios de la industria, el comercio, los servicios y la agricultura (que suman alrededor de dos millones de patronos).

De todo esto se deriva que la contradicción fundamental de la sociedad española, como la de cualquier otra sociedad capitalista, es la que enfrenta a la burguesía y al proletariado. Santiago Carrillo no niega esta realidad abiertamente. Sin embargo, al decir que la contradicción socio-económica que estaría en primer plano en la sociedad española sería entre la oligarquía y «todo el pueblo» (burguesía no monopolista, productores independientes, obreros asalariados, intelectuales y estudiantes) y, en plano político Dictadura-Democracia en la libertad, introduce la confusión y abona el terreno para que penetren entre nosotros toda clase de matutes.

En realidad, —aunque estas cosas no se viesen antes por muchos camaradas, es de aquí de donde surge la consigna de «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» y del «Pacto para la libertad» como «cima de la estrategia de la lucha de clases».

En esa lógica, la lucha de la clase obrera y de todos los trabajadores (y por lo mismo la alianza obrero-campesina) aparecen vinculadas a una contradicción que para Carrillo es, de hecho, secundaria. Y así, con esas fórmulas universalizantes de «Alianza» y «Pacto» se da el salto al oportunismo de derecha, subordinando la lucha de la clase obrera, la acción de las comisiones obreras, de los campesinos y de todos los trabajadores, al idílico «Pacto por la libertad», última consigna que encubre sus cambalaches políticos.

Para camuflar sus verdaderos propósitos el carrillismo acusa de dogmáticos y sectarios a quienes denuncian su juego. Por eso ha hecho circular la versión de que los comunistas que luchan contra el carrillismo no quieren acuerdos ni compromisos con los intelectuales, sacerdotes progresistas, estudiantes, nacionalistas y otros grupos o ciudadanos demócratas o progresistas. Es aproximadamente el mismo truco que emplearon hace cuarenta años los socialreformistas y pequeñoburgueses de la segunda República contra los que denunciaban la capitulación ante la burguesía y los terratenientes.

Los comunistas decimos otra cosa. Partimos de una realidad que es indiscutible. Los intelectuales y los estudiantes no son ni una clase específica, ni se han fundido, ni en España ni en ningún país capitalista, con la clase obrera. Una parte de los intelectuales participa en la producción (otros comparten funciones ejecutivas capitalistas con funciones técnico-productivas) y se convierten en trabajadores asalariados pero sus condiciones de vida y «standing» social se diferencian apreciablemente del proletariado.

El cometido de los intelectuales asalariados en la lucha revolucionaria nunca puede depender de lo que piensan sus sectores más radicales y politizados, sino del lugar real que ocupan en la producción, en la ciencia o en la enseñanza. En España los intelectuales de la ciencia y de la producción son una ínfima minoría, aunque eso no descarta su significación como aliados potenciales de la clase obrera.

Pero lo que no debemos olvidar es que la colocación política de los intelectuales y la dirección de su empuje, dependerán fundamentalmente del grado de hegemonía conquistada por la clase obrera en el movimiento democrático y antiimperialista, de los lazos de ésta con sus aliados naturales (campesinos trabajadores y capas semiproletarias en general) y que esa hegemonía es una labor consciente que incumbe al partido marxista-leninista. Eso es lo que nos enseña la teoría y la experiencia histórica de todas las revoluciones, desde Octubre de 1917 hasta la Revolución cubana.

En el documento principal de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros se plantea esta cuestión de los intelectuales de la siguiente forma: «La alianza de los trabajadores manuales e intelectuales es una fuerza cada día más importante en la lucha por la paz, la democracia y el progreso social; por el control democrático de la producción, las instituciones culturales y los medios de información; por el desarrollo de la instrucción pública en bien del pueblo». Con eso estamos de acuerdo y no con ese certificado de «fuerza motriz de la revolución» que tan a la ligera concede Santiago Carrillo a unos u otros.

REALIDAD Y FICCIÓN

PARA que pase más fácilmente el contrabando los amigos de Carrillo recurren a toda clase de subterfugios. Al verse atrapados en sus propias contradicciones lanzan nuevos torrentes de palabras y argumentos tan «fuertes» como éste: «El P.C. de E. (léase Carrillo) no se ha inventado la alianza —sentencia «Revolución y Cultura»—, del mismo modo que el Partido Comunista Italiano no se inventó el «bloque histórico», ni el PCUS, el «socialismo en un solo país» (dejemos pasar el tufillo trotsquista de la clasificación «socialismo en un solo país»). «Son las condiciones objetivas —prosiguen los de Carrillo— las que posibilitan y limitan las líneas políticas de los partidos... El Partido es la conciencia subjetiva (?) (Se ve que el autor debe tener otra conciencia «objetiva» de repuesto) de la única clase realmente revolucionaria, y como tal puede tener una línea realmente científica, producto de ese estudio, o tener una inconsecuente, es decir, puede o no cumplir su función (a partir de las condiciones objetivas crear las subjetivas necesarias para modificarlas) pero lo que no puede es inventarse nada».

Efectivamente, el Partido no puede inventarse la realidad porque la realidad «inventada» se llama ficción. Y de eso se trata precisamente en las consignas «Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» y «Pacto para la libertad», cuyo contenido, traduce una inconsecuencia porque quiere crear unas condiciones subjetivas idílicas, alejadas de la realidad de las clases, y por tanto inaptas para cambiar las condiciones reales existentes en España.

Las construcciones de Carrillo son arbitrarias, pecan de ideologismo y hoy amparan una posición oportunista, tanto en el plano nacional como en el internacional. Y de ahí vienen sus coincidencias con Garaudy por un lado y con Mao Tse tung por otro.

Veamos otro ejemplo en relación con los acontecimientos de mayo-junio en Francia que tanto «inspiraron» al secretario general de nuestro Partido. «Si el Parlamento francés hubiera tenido en vez de una mayoría reaccionaria golista una mayoría obrera y de izquierda, las masas en la calle hubieran podido imponer a ese Parlamento la creación de un Gobierno imagen del movimiento popular, que apoyándose en las posiciones de poder tomadas por las masas y en la legalidad parlamentaria abordase la transformación del aparato del Estado, coronando las adquisiciones logradas por las masas populares.» Aquí se reúnen la fantasía y la particularísima concepción de Carrillo sobre el parlamento burgués.

La orientación es como una reacción tardía ante el fracaso político del carrillismo que no ha sabido convertirse en «conciencia subjetiva», ni en un «Partido de HOY» (como él mismo escribe, así con mayúscula, en sus demagógicos alardes de juventud).

Cuando el Partido pueda analizar a fondo la historia de estas últimas décadas se podrá ver cuan pernicioso ha sido el voluntarismo y la ausencia de una auténtica dirección colectiva que estudiase con todo rigor la situación real de España en lugar de esperar siempre «el vencimiento de la deuda que las reaccionarias clases dominantes tienen con un acreedor implacable: el progreso histórico».

En un país con millones de proletarios, con masas inmensas que tienen sobrados motivos para luchar contra el dominio brutal de la burguesía fascista, con legiones de militantes heroicos, Santiago Carrillo ha ido sustituyendo la realidad por la ficción, poniendo siempre inyecciones de entusiasmo, convirtiendo el «subjetivismo iluso» en virtud, lanzando periódicamente nuevas consignas espectaculares y haciendo sentencias triunfalistas.

La crisis provocada por el revisionismo de la política de Carrillo tiene sus repercusiones en todas partes, en el movimiento de masas, en el Partido mismo, en la autoridad de la dirección ante otras fuerzas políticas, en el movimiento comunista internacional. Pero él sigue deformando irresponsablemente la

realidad y en lugar de hacer una autocrítica y un análisis serio de la situación, como haría un comunista, se lanza a una desbordada actividad turística internacional y acentúa el carácter triunfalista de su propaganda.

Y trata de presentar como fruto de sus consignas milagrosas toda una serie de hechos políticos que, en verdad, traducen el disminuido peso de la dirección del Partido en la situación española.

Los errores de Carrillo no radican pues en aspectos accesorios, sino en la orientación básica de su estrategia.

PALABRAS DE CONCLUSION

El carácter democrático de la etapa actual de la revolución española no sitúa en un segundo plano la contradicción fundamental de toda sociedad capitalista. Por el contrario, la contradicción entre la clase burguesa y el proletariado está en el centro de toda la dinámica española y es el eje de todo movimiento, del comportamiento de todas las clases y capas de nuestra sociedad.

La vigencia de esa contradicción es lo que explica, en una gran parte, la inestabilidad, las vacilaciones y la prudencia de los sectores burgueses y pequeñoburgueses que quisieran encontrar una salida al inmovilismo del régimen pero sin poner en peligro sus intereses de clase.

Es evidente que la conquista de un régimen democrático que abra el camino de la lucha por el socialismo sólo puede ser mediante la lucha de las masas populares con la clase obrera a su cabeza. Esa lucha de las masas es, también, el medio fundamental que tiene el proletariado y sus aliados para ahondar las contradicciones de la burguesía y decidir a sus sectores liberales para que emprendan acciones más decididas contra la dictadura fascista.

En las presentes circunstancias es muy importante que el Partido de la clase obrera comprenda con la máxima claridad el doble aspecto de los sectores liberales burgueses y que no habrá transformaciones democráticas sin lucha cada vez más consciente, más organizada y más extensa de la clase obrera y de sus aliados.

Las concesiones a los burgueses liberales o «evolucionistas» en lo nacional o internacional, la desfiguración del porvenir democrático y socialista de España y el abandono de los principios, ni ayuda a la preparación de las masas para la lucha por el socialismo, ni sirve, tampoco, a la tarea más inmediata de desplegar y movilizar inmensas energías nacionales que son necesarias para la conquista de la democracia.

La prudencia de nuestros liberales no podemos suprimirla con promesas, más o menos explícitas, de otras prudencias para mañana. Como muy justamente ha señalado la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, «en los países capitalistas, la clase obrera, como lo han confirmado los acontecimientos de estos últimos tiempos, es la principal fuerza motriz de la lucha revolucionaria, de todo el movimiento democrático antiimperialista.»

Ser verdaderamente fieles a este principio no es hacer declaraciones de vez en cuando; es pensar y actuar con la clase obrera y para la clase obrera; es educar a los comunistas y a todos los trabajadores en el espíritu de clase e internacionalista; es saber recoger las palpitaciones del proletariado con rapidez y sensibilidad; es llevar nuestra ideología marxista-leninista a los trabajadores

En este sentido, la unidad de la clase obrera es más necesaria que nunca, unidad que no puede alcanzarse sin sostener una lucha constante, firme y de principios con todo tipo de oportunismo, con todo género de desviaciones revisionistas, con todas las corrientes que tienden a desvirtuar la esencia de la lucha de clases.

Las Comisiones Obreras desempeñan un papel importante en el proceso de unidad y en la lucha creciente de los trabajadores. Sin embargo, debido a la represión y, también, a determinados errores de la dirección del Partido, este movimiento unitario de los trabajadores conoce actualmente una situación difícil. Para salir de esta situación hay que dar la palabra a los activistas de las Comisiones Obreras y, en primer lugar, a los comunistas que trabajan y luchan en ellas.

La impaciencia, el absorcionismo y el subjetivismo que está en la base de muchas orientaciones y directrices de la dirección del Partido es lo que ha ocasionado serios perjuicios al movimiento de las Comisiones Obreras.

Al mismo tiempo se ha subestimado la lucha política e ideológica, de principios, con las corrientes extrañas que penetran en el movimiento de masas. En las condiciones de España es muy importante que el Partido Comunista comprenda que la Iglesia se esfuerza, pugna, por conquistar la dirección del movimiento obrero y de otros movimientos de las masas.

Hay que estar también muy atentos para captar a su debido tiempo todas las formas de unidad y organización que los trabajadores descubren y practican con el fin de orientar todo el movimiento, en sus más variadas formas de unidad y de lucha, hacia la democracia y el socialismo.

Los comunistas no negamos nuestra legítima aspiración a orientar y dirigir el movimiento de masas en general y el de la clase obrera en particular. Esa es la misión del Partido Comunista. Pero ese principio no puede interpretarse ni en un sentido exclusivista ni tampoco en el de convertírnos en «un participante más».

El Partido lleva sus orientaciones y se esfuerza por dirigir políticamente el movimiento de masas a través de sus cuadros y militantes que trabajan y luchan en dichos movimientos. Esos comunistas deben ser ayudados para aplicar la línea del Partido con la mayor flexibilidad.

El Partido no puede fundirse ni confundirse con las organizaciones o movimientos de las masas. La experiencia ha demostrado cuan negativo ha sido, para el Partido y para las Comisiones Obreras, esa orientación confusionalista.

El campesino es el aliado natural y principal de la clase obrera en la lucha por la democracia y el socialismo. La alianza obrero-campesina es uno de los principios políticos básicos de la actividad general del Partido Comunista de España. De ahí tenemos que partir al elaborar nuestras orientaciones políticas y tácticas, al decidir sobre nuestra tareas de organización, al indicar las líneas maestras de la propaganda del Partido y en la educación y formación político-ideológica de nuestros militantes y cuadros.

En el Partido hay fuerzas capaces de abordar esta importante tarea con perspectivas de éxito. Lo que hace falta es que la dirección se lo proponga y se de cuenta realmente de la importancia fundamental de la cuestión agraria. Entonces habrá Comisiones Campesinas y otras formas de organización y de lucha en el campo.

Los estudiantes e intelectuales revolucionarios y progresistas son igualmente un aliado de la clase obrera. La alianza de los trabajadores manuales e intelectuales es el principio del

cual debemos partir para terminar con las ilusiones y el barullo que ha creado e introducido entre nosotros esa «Alianza» idílica e irrealizable que propugna Carrillo.

Las capas medias urbanas son potencialmente una fuerza susceptible de participar, junto a los obreros, campesinos, intelectuales y estudiantes revolucionarios y progresistas, en la lucha por la democracia y por las reivindicaciones más sentidas.

Aquí están las fuerzas esenciales que la clase obrera y su Partido de vanguardia pueden unir y movilizar para imponer cambios democráticos. Como se dice en el documento principal de la Conferencia de Moscú, «la comunidad de intereses de la clase obrera, del campesinado, de las capas medias urbanas y de los intelectuales, así como los progresos de su colaboración, reducen la base del poder de los monopolios, agravan sus contradicciones internas y propician la movilización de las amplias masas en la lucha antimonopolista y antiimperialista.»

Naturalmente esto no es todo. Las condiciones específicas de nuestro país, particularmente la existencia de la dictadura fascista, abre otras posibilidades de unidad y de lucha que nosotros no negamos ni subestimamos de ninguna manera. La misma transformación de España en una base militar del imperialismo americano, con los peligros que ello representa para todos los españoles, provoca amplias oposiciones nacionales y nos permite a los comunistas y a las fuerzas revolucionarias encontrar un terreno común de entendimiento. No seremos nosotros los que nos encerremos en ningunos marcos estrechos y renunciemos olímpicamente, como intenta hacer creer Carrillo y sus propagandistas, a la acción con todos los españoles que en una u otra cuestión coinciden con nosotros y con los intereses fundamentales que representamos y defendemos.

Pero lo esencial es lo que hemos esbozado anteriormente. Pues, España, pese a todo, no es tan diferente.

Ahora bien, para que todas las energías nacionales puedan ponerse en movimiento y ser orientadas hacia la victoria de la democracia y del socialismo es una condición «sine qua non» la regeneración de nuestro Partido. Y no exageramos nada al hablar de regeneración.

El capital político acumulado por el trabajo, la lucha, el heroísmo de masas de millares de militantes del Partido es extraordinario. Pero eso no basta para hacer frente a nuestras responsabilidades de hoy. Ese capital está despilfarrándose por el secretario general y los que le siguen tan ciegamente.

Para estar en condiciones de dominar el desarrollo de los acontecimientos y resolver los problemas teniendo en cuenta no sólo las necesidades del día sino el conjunto de los intereses del movimiento revolucionario, necesitamos mucha firmeza y fidelidad a los principios marxistas-leninistas. Los eclécticos de la dirección del Partido se ponen nerviosos cuando se nombran los principios y buscan y rebuscan palabras para intentar desacreditar a los comunistas que los defienden con firmeza. El último calificativo que han encontrado para nosotros es el muy casto de «monjas de clausura».

El carrillismo se ha puesto al descubierto en estos últimos tiempos como una desviación oportunista muy peligrosa. La política y la práctica del carrillismo se caracteriza por el revisionismo del marxismo revolucionario, el antisovietismo y el despotismo en los métodos de dirección.

Eso es lo que ha roto la unidad político-ideológica del Partido Comunista de España. La lucha de las fuerzas sanas del Partido contra esa desviación es una tarea justa, revolucionaria y urgente.

A la altura que han llegado las cosas puede afirmarse que la crisis del Partido sólo puede superarse con la activa y cada vez más masiva participación de la base del Partido. Por eso, la petición general de preparar un Congreso democráticamente, responde a los intereses del Partido y de su necesaria regeneración.

Miles de comunistas dicen ¡NO! al carrillismo, ¡SÍ! al marxismo-leninismo.

Frente al despotismo de los dirigentes que desprecian a los militantes y a las masas obreras, los comunistas españoles decimos: Queremos la unidad del Partido sobre la base del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario, de la fidelidad a la clase obrera; queremos un partido disciplinado, unido en voluntad y acción, pero sobre la base del respeto del centralismo democrático, de la dirección colectiva, de la democracia interna, del respeto a los principios morales y humanos del comunismo.

Ese es el Partido de Lenin, el que puede agrupar, educar y organizar a la vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras, el que puede contrarrestar las inevitables vacilaciones pequeñoburguesas de los sectores menos experimentados y dirigir todo el conjunto de las actividades de la clase obrera y a través de ella, a todas las masas trabajadoras.

TRABAJO ELABORADO COLECTIVAMENTE POR UN GRUPO DE MILITANTES DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA.